

que reunían a las gentes de diversas lenguas, culturas y religiones bajo un mismo paraguas de la educación, el trabajo, el deporte o el ocio. Juntos participaban en las actividades cívicas, las artes y los deportes. En los espacios participativos la gente se involucraba en base a su interés profesional o particular, sin importar su etnicidad o su creencia religiosa. Las identidades transversales estaban reforzadas sosteniendo la cohesión social en una sociedad inclusiva que reconocía los derechos humanos, el derecho a trabajo y a la vivienda, a todos los ciudadanos por igual. En ella, las diferencias culturales se percibían como riqueza y no como amenaza.

Los Balcanes son un ejemplo vivo de cómo las políticas locales e internacionales pueden fomentar, o bien echar abajo, la convivencia pacífica. La clave de una buena gestión local de la interculturalidad está en el reconocimiento de los derechos humanos a todos los pueblos, naciones y etnias que viven en dicha localidad, pero también en la afirmación de sus obligaciones sociales, económicas, etc. La igualdad de derechos y deberes ha de ser garantizada a todas las minorías. La experiencia balcánica muestra que

cuando se aplican políticas de dobles estándares que favorecen a unos pueblos o grupos étnicos frente a otros, o intervenciones internacionales basadas en soluciones cortoplacistas como los Acuerdos de Dayton o el Compromiso de Ohrid, solo se logra plantar la semilla de una futura inestabilidad.

Finalmente, en el actual contexto de ampliación europea hacia el este, movimientos de refugiados y migración laboral, la Unión Europea se configura como un espacio multicultural y de pluralismo democrático. Ante los repentinos desequilibrios económicos que amenazan con minar su estructura social y despertar la intolerancia, es cada vez más necesario invertir en mecanismos políticos propios y eficaces para salvaguardar la cohesión social en Europa. La historia y diversidad cultural de los Balcanes ofrecen lecciones valiosas sobre la gestión de la pluriculturalidad y la convivencia pacífica. Iluminan las ventajas y oportunidades que emanan de las políticas multiculturales sustentadas en una identidad común con impacto en el desarrollo sostenible social y económico, basado en el intercambio de recursos, tecnología y conocimiento con los países vecinos del sur global.

## Bosnia y Herzegovina y la etnificación de la ciudadanía

**Esma Kucukalic.** Universidad Europea de Valencia

Pese a la casi milenaria continuidad territorial de Bosnia y Herzegovina, el país ha sufrido constantes e intencionadas obstrucciones históricas de negación de su estatalidad debido a su condición de república multiétnica. Los tres grupos mayoritarios que conforman el territorio —serbios de confesión ortodoxa, croatas de confesión católica y musulmanes— convivieron unidos hasta que en 1992 estalló la guerra, una tragedia cuyo detonante es la ideología étnica del populismo identitario que se vino fraguando en los años anteriores y se convertirá en ínsita para las generaciones venideras. Desde entonces, Bosnia y Herzegovina se encuentra en una crisis —agravada con la guerra de Ucrania— que arrastra a causa de una paz mal resuelta y tiene atrapada a la región en un enrevesado sistema de pesos y contrapesos étnicos.

Desde los años noventa del siglo pasado, la opinión internacional abrazó la teoría de los «odios ancestrales irreconciliables» para definir a los Balcanes, afirmación que intentó justificar el genocidio perpetrado en el patio trasero de la Unión Europea en pleno siglo xx, y la construcción posterior de estados en los que la ciudadanía quedó atrapada en una maraña etnonacionalista de reservas demográficas del blindaje identitario, tan presente en la actualidad más allá de esta región. Es curioso que, a pesar de ser un argumento al uso, el fundamento étnico no es una cuestión ancestral en Bosnia y Herzegovina —la república más multiétnica de la desintegración yugoslava y que sirve de hilo a este trabajo—, pues, tal y como retrata el historiador británico Noel Malcolm (2011: 19), es «uno de los países de Europa con una historia casi ininterrumpida como construcción geopolítica desde la Edad Media hasta nuestros días». Sin embargo, a pesar de su casi milenaria continuidad territorial, en su dimensión política ha sufrido constantes e intencionadas obstrucciones históricas de negación de su estatalidad —que siempre se ha caracterizado por un marcado carácter multiétnico como bastión de una micro cultura autóctona europea oriental—, las cuales se construirán sobre la premisa de que Bosnia y Herzegovina no ha tenido una nación propia, en una equiparación del concepto de *etnia* con el de *pueblo* (Ibrahimagić, 2015). De este modo, y en contra de la formulación moderna del Estado nación —que entiende el *demo* como una comunidad social de ciudadanos con una organización política y territorial, independientemente de su pertenencia étnica o religiosa—, Franjo Tuđman, el hombre que se considera el padre fundador de la nueva Croacia y uno de los artífices de esa construcción etnonacionalista manchada de sangre que murió sin haber respondido ante la justicia internacional, llegó a decir sobre Bosnia y Herzegovina que no es una nación porque la habitan varias sangres: «¿Cómo quieren de esa mezcla y de esa situación étnicamente tan impura modelar un conjunto? No, señores, Bosnia debe desaparecer» (Ibrahimagić, 2015, recogido del libro *Le lys et la cendre*, del filósofo francés Bernard Henri Lévy).

Cabe pues recordar que, durante buena parte del período medieval, entre 1180 y 1463, Bosnia fue un

reino independiente y sus habitantes, que profesaban diferentes credos —entre ellos, la conocida como Iglesia bosnia (maniqueos), la Iglesia católica o la ortodoxa—, se hacían llamar *bošnjani*. Durante el período del Imperio otomano, a largo de cinco siglos, se empleó el término *bošnjaci*, que englobaba tanto a ortodoxos y católicos como a musulmanes (*krstjani, ristjani y muslimani*), para denominar al pueblo de lo que era entonces un *eyalato*, término con que denotaba la unidad territorial más grande del Imperio. De 1878 a 1918 será «provincia imperial» en el conjunto del Imperio austrohúngaro, mientras que desde 1945 hasta 1992 se mantendrá como una república federal. «Por consiguiente, durante aproximadamente seiscientos cincuenta de los últimos ochocientos años ha existido sobre los mapas geográficos una entidad llamada Bosnia» (Malcolm, 2011: 19).

El nacimiento de los estados nación en Europa comenzó antes que en los Balcanes, donde los grandes imperios plurinacionales y multiconfesionales, y en concreto Bosnia y Herzegovina, estarán presentes hasta finales de la Primera Guerra Mundial. No obstante, su anexión al Imperio austrohúngaro tras el Congreso de Berlín de 1878 no garantizó la pervivencia de la idea de un único pueblo de diferentes credos. Bajo presiones de las ya soberanas Serbia y Montenegro, por un lado, y de Croacia como parte del Imperio austrohúngaro —pero con claras pretensiones hegemónicas y territoriales—, por otro, se abre en el territorio el proceso de nacionalización e identitarismo por el cual los hasta entonces conocidos como «bosnios» que profesan la fe ortodoxa y católica pasan a reconocerse como serbios y croatas respectivamente. Este proceso de nacionalización étnica durará todo un siglo, como indican Ibrahimagić *et al.* (2010), desde mediados del siglo xix hasta mediados del xx, a pesar de que todos los censos realizados en este período —desde el que haría Omer Pasha Latas en 1851, pasando por los de 1879 y 1910, llevados a cabo por las instituciones austrohúngaras, hasta los que se hicieron por parte de los representantes del reino de los serbios, croatas y eslovenos (Reino de Yugoslavia) en 1921 y 1931— se centraron en el perfil confesional y no en la configuración étnica de la población de

Bosnia y Herzegovina. Los musulmanes, que siguieron manifestando su identidad bosnia, no encontrarán un marco político que dé lugar a la expresión étnica de esta, por lo que, en ese mismo período, pasarán por diferentes fases en las que se les empujará a declararse como croatas o serbios (si bien croata o serbio era, a su vez sinónimo de católico u ortodoxo, con el consiguiente rechazo a la asimilación por parte de la mayoría de la población musulmana), yugoslavos, no declarados, o bien a expresar su individualidad con el término *musulimani*. Dependiendo del momento político, su apelativo se escribió con letra mayúscula, dándole así al significado confesional la equiparación étnica, y cuando no convenía, los *muslimani* volvían a ser rebajados a la categoría religiosa con la letra *m* en minúscula (Ibrahimović *et al.*, 2010).

### «Ni serbios, ni croatas, ni musulmanes... »

No se volverá a un planteamiento regional del *demo* de Bosnia y Herzegovina al margen de etiquetas étnicas hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando todos los pueblos unidos en el movimiento de resistencia instituido por Tito libraron duras luchas contra la ocupación nazi y fascista. Las asambleas del AVNOJ (Consejo Antifascista para la Liberación del Pueblo de Yugoslavia) de noviembre de 1942 y noviembre de 1943, en las que se sentaron las bases para la Constitución de la II Yugoslavia —la de Tito— y se formuló la estructura del país como una federación compuesta por seis repúblicas, y la del ZAVNOBIH (Consejo Estatal Antifascista para la Liberación Nacional de Bosnia y Herzegovina), del 25 de noviembre de 1943, constituyeron las bases de la estatalidad y la constitucionalidad moderna de Bosnia y Herzegovina y de su pueblo, que se prolongaron hasta su independencia en 1992. En aquellos actos fundacionales se proclamaba una república multiétnica —a diferencia de las otras cinco, cuyos habitantes eran serbios, croatas, eslovenos, macedonios, o montenegrinos— compuesta por tres pueblos iguales y hermanados que habían luchado juntos contra el enemigo. Y así rezaba la declaración:

«*Bosnaci i Hercegovci* [bosnios y herzegovinos] solo unidos [...] podéis construir un futuro común y más bello [...] Todos vosotros, serbios, croatas y musulmanes, necesitáis una cooperación sincera y fraterna para que Bosnia y Herzegovina como unidad pueda avanzar a satisfacción de todos, sin distinción de fe ni pertenencia» (Proclamación del AVNOJ a los pueblos de Yugoslavia, 27 de noviembre de 1942). Hace ochenta años, pues, en la ciudad de Mrkonjić se acordó un Estado único e indivisible y se adoptó la Resolución del ZAVNOBiH, que expresa la determinación de garantizar la plena igualdad de todos los pueblos y nacionalidades, así como la igualdad de la República de Bosnia y Herzegovina dentro de la Federación Yugoslava. En este punto, cabe señalar que el gentilicio *bosanci i hercegovci* (bosnios y herzegovinos) es un término que se refiere a un único pueblo o nación, aunque por su estructura parece designar a dos unidades. Estas son únicamente regionales, pero de ningún modo étnicas.

Seguirá siendo así en las sucesivas constituciones que jalonan la historia de Bosnia y Herzegovina. En la de 1946, como República Popular de la Federación Yugoslava, se ratifica la soberanía del pueblo (como *demo* político) y la igualdad de sus naciones (en su significado étnico), sin distinción de pertenencia nacional ni religiosa. Bajo el artículo 2, y partiendo de su derecho a la autodeterminación, incluido el derecho a la secesión y a la unión con otros pueblos —como el de Serbia, Croacia, Montenegro, Macedonia, Eslovenia—, este entra a formar parte de una comunidad: la República Popular Federal de Yugoslavia. En 1953 llega la ley constitucional, que complementa la definición de la forma de regulación estatal como la de una República Popular «socialista democrática del pueblo trabajador de Bosnia y Herzegovina», reflejo de la introducción de la fórmula del socialismo de autogestión en 1950. En la Constitución de 1963, ya como República Socialista de Bosnia y Herzegovina dentro de la Federación, el acento se pondrá en la toma de decisiones de esos trabajadores y ciudadanos serbios, musulmanes y croatas, miembros de otros pueblos y nacionalidades, y grupos étnicos que en ella habitan en todas las estructuras organizativas del

trabajo, en las de los municipios o en los órganos de las comunidades sociopolíticas. A pesar de la formulación supranacional de las constituciones, nunca dejó de usarse la concepción de *bosnios y herzegovinos* junto a la de las etnias unidas y hermanadas: serbios, croatas y musulmanes. Estos últimos, no obstante, esperarán veinte años, hasta el censo de 1971, para ser considerados categoría nacional, siendo definitivamente reencarnados en *bosniacos* en 1995.

Con la Carta Magna de 1974, Bosnia y Herzegovina renovará su «soberanía» tal y como harán el resto de las repúblicas bajo su inalienable derecho a la autodeterminación. La suya se considera la constitución más aperturista de la República Federativa Socialista de Yugoslavia y, de hecho, servirá de base para que, en el año 1990, se efectúen las necesarias enmiendas para la transición hacia un sistema parlamentario de división de poderes. Con ella comienza el proceso de descentralización de Yugoslavia, donde podía tener cabida un nuevo modelo federal que apostase por el equilibrio de los «pequeños nacionalismos» y ofreciese el espacio necesario para el despertar cultural propio de las naciones con el otorgamiento de importantes cesiones políticas, pero, como observa Malcolm (2011: 353), en la Yugoslavia comunista, cualquier pretensión de mayor autonomía nacional conllevaba necesariamente el arranque de las frustraciones políticas que vertebraban toda la estructura totalitaria. «Es fácil convencer a un pueblo de que el otro lo está sometiendo o explotando cuando todo el sistema político en el que se encuentran es antidemocrático y en esencia opresor», afirma Malcolm. No obstante, lo que la doctrina nacionalista de unos y otros bandos intentará justificar como una erupción provocada por las políticas de debilitamiento impuestas «desde arriba», en realidad es fruto de un trabajo ideológico de décadas en las que se incubará la idea de la hegemonía de supuestas etnias primigenias que solo podrán subsistir bajo el imperio de la unidad de su pueblo sobre todo el territorio yugoslavo. Para la Academia Serbia de las Ciencias y de las Artes eso era una Gran Serbia, y así lo formalizó en el año 1986 en su memorándum. Para Tuđman, consistía en agrandar la matriz croata partiéndose a medias Bosnia y Herzegovina, como

en 1959 pactaran dentro del Reino de Yugoslavia el primer ministro serbio Cvetković y el líder político croata Maček. Quedó para la historia que, durante el reparto entre la nueva Banovina de Croacia y lo que iba a ser la de Serbia, uno de los presentes preguntó: «¿Y qué hacemos con los musulmanes?». A lo que Maček respondió: «Haremos como si no existieran». En realidad, la ideología étnica del populismo identitario será un elemento común a los hasta entonces pueblos hermanados, y el detonante de la tragedia yugoslava que se convertirá en ínsita para la convivencia de las generaciones venideras, especialmente en Bosnia y Herzegovina. «Probablemente, habrá que buscar fundamentos más firmes y duraderos para los intereses de los tres pueblos de Bosnia y Herzegovina que los que ofreció la ideología. Hemos visto con qué facilidad una ideología se reemplaza por otra opuesta: el nacionalismo, que rápidamente se desliza hacia el fascismo y que pone en cuestión el flujo de las centenarias civilizaciones y culturas de este espacio» (Ibrahimagić, 2003).

## El «nudo gordiano»

¿Cómo retomar la vida en escenarios de guerra atroces en los que la población ha de volver a sus hogares quemados y saqueados? ¿Y cómo hacerlo cuando, como sucede tras un conflicto civil, los autores de esos crímenes han resultado ser sus propios conciudadanos, que tal vez sigan viviendo cerca, o incluso ostenten el gobierno de la ciudad o el país? Solo en la última década del siglo XX, este interrogante ha saltado ante nuestras miradas en escenarios como Bosnia, Ruanda, la República del Congo, Sierra Leona, Chechenia, Palestina o Kosovo y, desde comienzos del siglo XXI, también en Afganistán, Irak y, más recientemente, en Siria, Libia o Yemen.

La respuesta a esta pregunta es uno de los grandes desafíos de la sociología del siglo XXI que, más allá de transformar sociedades absolutamente fragmentadas, sociedades en postconflicto, ha de dar con una fórmula para que sean los hasta ahora enemigos quienes sellen las fisuras. Briony Jones (2008) apunta que las carac-

terísticas de las nuevas guerras que dejan sociedades divididas e institucionalmente inviables son «complejas emergencias políticas». Emergencias en tanto en cuanto la paralización física del conflicto no resulta siempre una garantía de estabilidad.

En el caso de Bosnia y Herzegovina, con el balance más sangriento de las guerras de los Balcanes, cuando se cumplen casi tres décadas de la firma de los acuerdos de paz, conocidos como Acuerdos de Dayton por su rúbrica en la base militar de Ohio, en Estados Unidos, el país se encuentra ante la peor crisis desde su agresión en 1992. La guerra de Ucrania ha avivado los fantasmas que sobrevuelan la región, así como el miedo a nuevas réplicas del conflicto basadas en movimientos de fronteras en clave étnica. Ni la comunidad internacional ni el tejido político interno han encontrado una salida a lo que se ha dado en llamar popularmente el «nudo gordiano» de Dayton. Ese es el precio de una paz mal resuelta que logró frenar el derramamiento de sangre, pero tiene atrapada a la nación en un enrevesado sistema de pesos y contrapesos étnicos. El Tratado de Paz de Dayton (OHR, 1995), firmado a tres bandas entre la entonces República Federal de Yugoslavia (Serbia y Montenegro), Croacia y Bosnia y Herzegovina, contó con un papel protagonista de Estados Unidos tras la inoperatividad europea para buscar una solución al conflicto. El acuerdo detuvo el derramamiento de sangre con un balance de más de cien mil muertos y dos millones de desplazados, pero dejó una estructura estatal volátil y disfuncional que desfiguró el acervo legal previo de la República de Bosnia y Herzegovina e instauró la fórmula de «un Estado —dos entidades (más un distrito)—, tres pueblos constituyentes (serbios, croatas y bosniacos)». Las dos entidades son la República Srpska, de estructura unitaria y población en su gran mayoría serbia (ortodoxa), y la Federación de Bosnia y Herzegovina, descentralizada en diez cantones y con población mayoritariamente bosniaca (musulmana) y croata (católica).

La estructura gubernamental también cuenta con unas instituciones construidas sobre la base de las cuotas étnicas, con dos mecanismos fundamentales: el veto ante el interés vital nacional de alguna de las tres etnias soberanas, basado en el principio de igualdad

de los tres pueblos constituyentes —que solo permiten a estas optar a la presidencia y a la Cámara Alta del Parlamento—, y el voto entitario en la Cámara de Representantes del Parlamento de Bosnia y Herzegovina como principio de igualdad de las entidades. No obstante, ambos instrumentos se usan como palanca para obstaculizar el funcionamiento de las instituciones centrales, primando tendenciosamente los intereses de la etnicidad sobre la ciudadanía. En las primeras elecciones generales, celebradas por imposición de la comunidad internacional en el año 1996, inmediatamente después de la firma de la paz, los partidos supervivientes de la guerra se asentaron en el poder, institucionalizando la etnicidad como la base de una democracia segregada que podría denominarse *etnocracia*. Se trata de un diseño de la comunidad internacional, que juega con esos mismos hacedores de la guerra a la estabilidocracia en pro de tener pacificada, aunque sea artificialmente, la región. El obstáculo, pues, surge cuando la prioridad política no es crear los mecanismos para una participación multiétnica en la construcción del país, sino anteponer los intereses intraétnicos o intragrupalmente a los del colectivo de ciudadanos.

En su obra *Imagining Balkans* (1997), María Todorova hace una exhaustiva deliberación sobre cómo puede ir degenerando la imagen de un territorio en el imaginario popular hasta convertirse en la cloaca regional de un continente. Catalogado como «barril de pólvora» de Europa, Todorova explica que el territorio en el que se sitúan en la actualidad los Balcanes Occidentales ha ido perdiendo prestigio ante la mirada internacional hasta el punto de que se han acuñado términos como *balcanización*, sinónimo de fragmentación étnica.

El uso del concepto se expandió tras la Segunda Guerra Mundial, cuando a la transformación del continente africano se le denominó «balcanización de África» por el continuo surgimiento de nuevos estados y conciencias nacionales semejantes a las que, históricamente, se han ido repitiendo en el marco geopolítico de los Balcanes (Stanovic, 2004: p. 12). Como ejemplos más recientes, tenemos los escenarios de fractura social y enfrentamiento armado que han dejado las Primaveras árabes en países como Libia,

pero sobre todo en Siria, lo cual ha venido a denominarse «balcanización de Oriente Próximo».<sup>1</sup>

Estos años de transición y posguerra no han logrado mejorar la imagen internacional de los Balcanes, a pesar de los esfuerzos propios y ajenos por buscar denominaciones un tanto más asépticas como son «Balcanes Occidentales» o «sureste europeo». Términos que, por otro lado, no han conseguido ser un gancho para los propios habitantes de la región, que no encuentran nexos históricos ni culturales en estos nombres, mientras que en el imaginario preponderante son sociedades que se desfiguran en «naciones estado» en vez de «estados nación». Autores como Vlaisavljevic (2006: p. 34) recurren a la definición de la tipología étnica elaborada por Anthony D. Smith en *The Ethnic Origins of Nations* (1986) (en Vlaisavljevic, 2006), en la que sitúa al sujeto de la realidad balcánica como una minoría étnica compuesta por diferentes comunidades. En estas comunidades, los lazos dinásticos se desdibujan en favor de la búsqueda de nuevos elementos de memoria histórica particular de cada comunidad, por lo que el objetivo político se convierte en territorial. Este carácter no es arcaico, sino una tendencia al alza en todo el arco euromediterráneo (Matvejevic, 1999). El filósofo político Sarajlic (2010: p. 227) apunta que esas características no tienen una raíz premoderna, como podría parecer cuando hablamos de las naciones estado en el caso de los Balcanes, sino un carácter posmoderno que debe servirnos de lección: «La negación de las narrativas universales (no existe una narrativa histórica sobre la existencia de Bosnia y Herzegovina como país unido ni sobre el carácter real del conflicto) en la deconstrucción de la autoridad y la relativización del Estado (las instituciones estatales representan solo la corteza del poder étnico, no tienen autoridad pública) [supone]

la reducción de la política a un conflicto entre actores culturalmente definidos».

## El blindaje identitario definitorio de los tiempos posmodernos

En este marco teórico que resulta conveniente desarrollar para comprender mejor la posguerra en todo el territorio balcánico hay que situar la transición que atraviesan los países desde hace tres décadas, tras la caída del comunismo en el «sureste europeo». La filóloga Danijela Majstorović, en su obra *Lost in Translation, Lost in Transition* (2007: p. 30) realizó un estudio sobre la transición desde una perspectiva semiótica del discurso, entendido este como la comunicación unidireccional de la comunidad internacional hacia el país en posguerra, y la aceptación más o menos exitosa por parte de los ciudadanos del mismo. El europeísmo se tematiza en los Balcanes, según la autora, a través de la metáfora de aquellos que sueñan con ser Europa, los que son su centro y los que se quedarán en la periferia. Y esto también vale para el Mediterráneo. Majstorović analiza esta idea desde la postura de la comunidad internacional en Bosnia y Herzegovina durante este periodo de posguerra que —mediante la propulsión del discurso de democratización en un primer momento, para luego centrarse en el discurso de la transición y la entrada en la UE— tiene claros tintes de colonialismo (véanse las concepciones de barbarismo balcánico de Todorova, 1997). Se trata de una característica común de las transiciones de posguerra en los Balcanes que se manifiesta en casi todos los casos de tres formas: a través del paso de un país de la guerra hacia la paz; en el intento de reconstrucción de la sociedad y su cambio en las directrices y mentalidades; y, por último, en la

1. El ex presidente de EE.UU Barak Obama, en una entrevista (Friedman, 2014) publicada por el diario *El País* inmediatamente después de la decisión de la Administración de crear la Coalición Internacional para intervenir en Siria e Irak y debilitar así al Estado Islámico (EI) o Daesh, reflexionaba sobre el papel de la comunidad internacional en Oriente Próximo, en especial sobre el rol de las grandes potencias encarnadas en la ONU. Ante la idea de estar asistiendo al nacimiento de un nuevo orden mundial, Obama señalaba que la «maximalización de la política» era el gran enemigo del mundo: «Nuestra política es disfuncional y debemos prestar atención a las terribles divisiones en Oriente Próximo como una advertencia: las sociedades no funcionan si las distintas facciones políticas adoptan posturas maximalistas. Y cuanto más variado es un país, menos puede permitirse el lujo de esos maximalismos».

transición de una economía y política centralista y monopolista hacia el libre mercado del neoliberalismo.

Se trata de una transición impuesta desde arriba que, camuflada de solidaridad internacional, introduce los cambios a la fuerza, sin que surjan de una forma natural y real en la concepción de los ciudadanos, con el objetivo de hacer ese proceso rentable —aunque el precio a pagar por ello sea la cimentación de «estabilotocracias» con las que coopera la comunidad internacional—. Las guerras en los Balcanes (1991-1999) han significado para la comunidad internacional un antes y un después en la forma de abordar los conflictos bélicos, así como para los medios de comunicación internacionales, que convirtieron este conflicto en el más retransmitido de la historia, no siempre con el rigor necesario. Para Naciones Unidas, supuso su primera —y una de las más largas y costosas— misión de paz (UNPROFOR). La misión y la promesa de mantenimiento de paz fueron efectivas a medias, pues en el caso de Bosnia —por ejemplo en Srebrenica, zona controlada y protegida por los cascos azules— las fuerzas de la ONU no reaccionaron para salvaguardar la paz, con lo que se perpetuó el mayor genocidio del conflicto. Para la OTAN, los Balcanes fueron el primer escenario bélico de relevancia en el que sus tropas entraron por primera vez en combate, y donde llevó a cabo sus primeras acciones ofensivas, aunque fuera bajo el paraguas legal de la ONU. Para la justicia transicional, los Balcanes son también un escenario clave. El Tribunal Penal Internacional para la Antigua Yugoslavia (TPIY) (ICTY) fue el primer tribunal internacional contra los crímenes de guerra y el primer tribunal de guerra desde los procesos de Núremberg y Tokio creado después de la Segunda Guerra Mundial, establecido por la Resolución 827 del 25 mayo de 1993 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Desde la perspectiva europea, la gran ampliación de la Unión Europea hacia el Este (Rodríguez, 2017) se produciría a partir del año 2004 con la entrada de

Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Chequia, Eslovaquia, Hungría, Eslovenia, Malta y Chipre, a la que seguiría la adhesión de Bulgaria y Rumanía en 2007 y Croacia en 2011. Ese parece haber sido el fin de la ampliación en masa de la UE, y una década perdida, especialmente visible a raíz de la guerra de Ucrania, donde fuerzas como Rusia o China han copado su parte de influencia. La creciente «fatiga balcánica» provocada por el incumplimiento de las expectativas de adhesión (Milosevic, 2021) es creciente en la región. Como señala Zdeb (2022), «durante años, la ampliación de la UE en la región se ha considerado la clave para la estabilidad y el desarrollo a largo plazo de Bosnia (y la región), pero el proceso de adhesión, así como el respaldo de la UE al Proceso de Berlín,<sup>2</sup> se han estancado». Ese estancamiento se debe a los problemas internos de la UE y a una falta de agenda sólida, mientras que las iniciativas regionales, como la propuesta por Serbia, Albania y Macedonia del Norte bajo el nombre de Open Balkans —que encarna un mini Schengen regional—, se han percibido entre los países vecinos (especialmente desde Kosovo, Bosnia y, en parte, Montenegro) como una muestra del dominio de Belgrado —al igual que sucedía en Yugoslavia— en la esfera política regional, así como la mano extendida de Rusia y China (Németh, 2022). Con Ucrania ardiendo, la UE parece haberse dado cuenta de que la política del palo y la zanahoria ya no funciona en su llamado «patio trasero» (Milosevic, 2021) y es necesario reajustar la condicionalidad en favor de la seguridad. La sorprendente aceptación de la candidatura de Bosnia y Herzegovina en diciembre de 2022 ha sido un paso adelante, pero ¿qué ocurrirá con la construcción de un sistema institucional de democracias modernas? En la mayoría de los casos —léase Bosnia, Serbia, Kosovo o Macedonia del Norte—, la creación de soberanías ha sido efectiva solo a medias, y el puzzle étnico sigue ahogando el ejercicio de la ciudadanía. El politólogo Tarik Haveric (2009: p. 256) encuentra un nexo común en todas las transiciones de los países de

2. El Proceso de Berlín, bajo los auspicios de la ex canciller alemana Angela Merkel, comenzó como una serie de reuniones periódicas de alto nivel entre los líderes de los Balcanes Occidentales y algunos países de la UE a favor de la ampliación. A lo largo de los años, se convirtió no solo en una iniciativa emblemática, sino en el motor más destacado de la ampliación, con el objetivo de fomentar la cooperación regional y la integración sectorial.

los Balcanes Occidentales: el factor de las «seudosoberanías». El autor señala que «la imposición de constituciones, símbolos estatales y leyes, el nombramiento y la sustitución de los funcionarios y jueces, la congelación de los recursos en los bancos, el bloqueo del tráfico aéreo, la prohibición del acceso a las organizaciones internacionales, los bombardeos; todo ello apunta a que los principios de soberanía, autodeterminación y democratización formal se han relativizado ante la democracia liberal que, sistemáticamente, se está convirtiendo en el principio organizativo de la dirección internacional».

A este respecto, Haveric encuentra dos claras razones acerca del carácter disfuncional de las democracias occidentales en los nuevos estados de los Balcanes. En primer lugar, no existe una postura común a nivel internacional respecto a la actuación sobre el terreno, y un ejemplo claro ha sido la actuación de la OTAN en el caso de Serbia —el país no fue atacado en 1995 después de la guerra con Croacia y con Bosnia, pero sí en 1999, tras la guerra con Kosovo— y las difíciles negociaciones bajo las que se tomaron las decisiones. Un segundo apunte del autor se refiere al propio nacimiento de los nuevos estados de la ex Yugoslavia, todos apoyados y legitimados por la comunidad internacional bajo el pretexto de que habían surgido de la voluntad democrática, a pesar de las atrocidades que dicha voluntad arrastró consigo.

Esta reflexión nos lleva al concepto de la «cultura de la impunidad», que quien fuera fiscal jefe del Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia y del tribunal que juzgó los crímenes en Ruanda, Carla del Ponte, denunció como uno de los principales condicionantes para el nacimiento de los nuevos estados balcánicos. La impunidad de la «identidad asesina» que apunta Vukovic (2015) —parafraseando al escritor franco libanés Amin Maalouf— se refiere a las identidades que se reducen a una única pertenencia y llevan a los individuos a una actitud intolerante, abusiva e incluso a veces suicida por la que acaban convirtiéndose en asesinos o defensores de estos. Desde esta perspectiva del blindaje identitario como elemento de la posmodernidad, los Balcanes no son un ejemplo de lo que ocurre cuando se construyen mezquitas, iglesias

y sinagogas unas al lado de otras, sino de lo que pasa cuando, por miedo y sed de nacionalismos, se elige a misántropos como líderes y, por ello, en los tiempos que corren esta lección es más que necesaria para la Europa y el Mediterráneo del siglo XXI.

## Bibliografía

- FRIEDMAN, T., «Entrevista a Barak Obama: “No vamos a permitir que los grupos yihadistas creen un califato», *El País* (recogido de *The New York Times*), 9 de agosto de 2014.
- HAVERIC, T., *I vrapci na grani*, Sarajevo, Rabic, 2009.
- IBRAHIMAGIĆ, O., *Državopravni kontinuitet Bosne i Hercegovine i pitanje nacije*, Zbornik radova Pravnog fakulteta u Tuzli, 2015.
- IBRAHIMAGIĆ, O., *Bosanska državnost i nacionalnost*, Sarajevo, 2003.
- IBRAHIMAGIĆ, Z., SEIZOVIC y K. ARNAUTOVIC, *Politički Sistem Bosne i Hercegovine*, Sarajevo, Promocult, vol. 2, 2010.
- JONES, B., «Understanding Post-Conflict Societies: A Relational Approach to Citizenship in Brcko, Bosnia-Herzegovina», en *Building Sustainable Futures. Enacting peace and development*, 15-19 julio de 2008, Universidad de Leuven.
- KUCUKALIC, E., *Ciudadanía y etnicidad en Bosnia y Herzegovina*, Valencia, Publicaciones Universitat de València, 2019.
- KUCUKALIC, E., «From Frozen to Latent Conflicts. Is a New EU Paradigm for Bosnia and Herzegovina Urgent?», *Środkowoeuropejskie Studia Polityczne*, n° 3, 2022, pp. 105-124.
- MAJSTOROVIĆ, D., *Izgubljeni u prevodu, izgubljeni u tranziciji: Diskursmeđunarodne zajednice u konstruisanju tranzicije u BiH (Lost in Translation, Lost in Transition: The International Community's Discourse in Constructing Transition in BiH)*, Mostar, Dijalaog, Status n° 13, 2007.
- MALCOLM, N., *Bosna: kratka povijest*, Sarajevo, Buybook, Biblioteka Memorija, 2011.
- MATVEJEVIC, P., «Los Balcanes y “la balcanización”», *El País*, 16 de mayo de 1999.
- MILOSEVIC, M., «El futuro de la ampliación de la UE en los Balcanes Occidentales», Real Instituto Elcano, 25 de junio de 2021, <https://www.realins->

- titutoelcano.org/analysis/ el-futuro-de-la-ampliacion-de-la-ue-en-los-balcenes-occidentales/
- Németh, F., «Western Balkans. From the Berlin Process to the Open Balkan Initiative. Prospects for the Accession Process», en Instituto Europeo del Mediterráneo, *IEMed Year Book*, 2022, <https://www.iemed.org/publication/western-balkans-from-the-berlin-process-to-the-open-balkan-initiative-prospects-for-the-accession-process/?lang=es>
- OFFICE OF HIGH REPRESENTATIVE FOR BOSNIA AND HERZEGOVINA (OHR), Dayton Peace Agreement, 1995, disponible en: <http://www.ohr.int/dayton-peace-agreement/>
- RODRÍGUEZ, E., «La ampliación de la UE hacia el este», *El orden mundial*, 6 de marzo de 2017, disponible en: <https://elordenmundial.com/la-ampliacion-de-la-ue-hacia-el-este/>
- RTVE, *Tres guerras para explicar la Alianza*, 2022, disponible en <https://lab.rtve.es/cumbre-otan/>
- SARAJLIC, E., *Kultura kulture. Etnicitet, postmodernost I politika*, Mostar, Dijalog, 2010.
- STANOVIC, V., «Demokratija i manjine u jugoistocnoj Evropi», en VV.AA., *Demokratija i nacionalne manjine*, Beograd, Ethnos, Centar za iztrazivanje enticiteta, 2002.
- TODOROVA, M., *Imagining the Balkans*, Nueva York, Oxford University Press, 1997, disponible en: <http://www2.tf.jcu.cz/~klapetek/todorova.pdf>
- VLAISAVLJEVIC, U., *Etnopolitika i gradjanstvo*, Mostar, Dialog, 2006.
- VUKOVIC, D., «Emancipacija “ubliackih identiteta”», en A. KAPETANOVIC y J. ILLERHUES, *Nasljedje mira. Bosna i Hercegovina 20 godina poslje Dejtonskog mirovnog sporazuma*, Sarajevo, Friedrich-Ebert-Stifung, 2015.
- ZDEB, A., «The Never-ending Story of Building Bosnia-Herzegovina», *Heinrich Böll Shtifung*, 23 de marzo de 2022, <https://www.boell.de/en/2022/03/23/never-endingstory-building-bosnia-herzeg>

## Dios en el país de las águilas: la orden bektachí

**Edlira Osmani.** Karl Franzens University, Graz, Austria

La orden bektachí, cuyo origen se remonta a los movimientos sufíes que tuvieron lugar en los siglos XI y XII, encontró en Albania su tierra de acogida. Tras un período en el que gozó de una gran importancia política durante la desintegración del Imperio otomano, esta orden fue prohibida y obligada a desaparecer por el régimen comunista, en un momento en que Albania pasó a convertirse en el único estado ateo del mundo. Aun así, y gracias a las prácticas secretas de la comunidad albanesa bektachí en la diáspora, la religión se mantuvo viva y se extendió por varios países. En 1988, la nueva constitución de Albania garantizó la libertad religiosa y las creencias bektachíes volvieron a ocupar un importante lugar en la sociedad albanesa. El país de las águilas recuperó, de este modo, su tradición de tolerancia al permitir que bektachíes, musulmanes suníes y cristianos pudieran orar juntos en el monte Tomorri, el santuario de las divinidades en Albania.

*¡Deja que te contemple, tierra de Albania,  
nodriza severa de hombres salvajes!  
La Cruz se abate, tus minaretes se alzan,  
Y la media luna pálida brilla en la cañada,  
Tras la arboleda poblada de cipreses, junto a cada ciudad.*  
LORD BYRON